

cozoon canadense, quién en el *bathybius*, quién en *crystalizaciones orgánicas* que allá en los primeros tiempos del mundo flotaban en la superficie de inmensos océanos, según nos asegura Mad. Royer.

§ 56.

CRÍTICA.

Cosa es de suyo manifiesta, por lo que acabo de exponer, que la teoría de Darwin ofrece muy estrecha afinidad con el materialismo y el ateísmo, hacia los cuales gravita con todo su peso, si ya no es que se confunde é identifica con ellos. Ciertamente que no hay derecho para rechazar la tesis ateo-materialista cuando se afirma que la idea de Dios debe su origen á una concepción fantástica de los espíritus, á ilusiones de la imaginación, á sueños y sombras; cuando los sentimientos religiosos y los deberes morales se consideran como transformaciones de los hábitos é instintos de los brutos, y cuando en el hombre de la ciencia y de la santidad, en el hombre de la razón y de la libertad, no se descubre más que un mono perfeccionado.

Por otro lado, la historia, de acuerdo con la lógica, se ha encargado de poner en evidencia este punto, dándonos en espectáculo á la mayor parte de los partidarios del darwinismo marchando decididamente por las vías del materialismo, como veremos después.

Prescindiendo de sus derivaciones lógicas, y aun considerada en sí misma, la teoría de Darwin carece

de solidez, á pesar del aparato científico con que se presenta. Por de pronto, su base es una hipótesis gratuita, puesto que comienza afirmando la existencia de un protoplasma que nadie ha visto y que se introduce de repente en la escena, sin saber por qué ni cuál sea su causa. Ciertamente que si todo el reino zoológico procede de este protoplasma, llámese célula, mónera, ó como se quiera, no hay razón para negar que procede también del mismo germen el reino vegetal. Después de todo, la diferencia entre ciertos vegetales y las primeras manifestaciones zoológicas no es mayor que la que existe entre la célula y el hombre.

No es menos gratuita la hipótesis de la selección natural como causa eficiente y suficiente de la producción de las especies; porque si la selección no puede producir, sino que supone el germen vital primitivo, no hay razón alguna para suponer que puede producir por sí sola las especies, entre las cuales hay diferencias esenciales tan profundas y radicales, y tan imposible es formar un hombre de un molusco, como formar un triángulo de puntos.

Vera escribe, con razón, á este propósito: «Si á un geómetra que me pidiera la explicación del triángulo se le respondiera: la formación del triángulo se realiza en virtud de la selección natural y de la manera siguiente: el punto, en virtud de la selección natural, se convierte en línea, la línea en ángulo, y, finalmente, los ángulos, impulsados á unirse por la selección natural, se convierten en triángulo, ¿qué pensaría de semejante explicación? Se admiraría, por de pronto, de la facilidad con que la selección natural explica las cosas; pero recordando en seguida su ciencia y sus

demostraciones, me contestaría sin duda: Paréceme que esa selección natural que con tanta facilidad explica las cosas, en realidad no explica nada. Porque lo que ante todo debéis demostrarme es cómo y por qué existe el punto; en segundo lugar, cómo y por qué existe la línea, es decir, en virtud de qué necesidad intrínseca el punto no se convierte en pescado ó elefante, sino en línea. Cuando me decís que el punto se convierte en línea, podríais decirme con igual derecho que se convierte en elefante. Para decir que el punto se convierte en elefante, hay tanta razón como la que tienen los transformistas para decir que el molusco se convirtió en hombre; porque, ciertamente, tan fácil es descubrir analogías entre el punto y el elefante, como entre el molusco y el hombre.»

La verdad es que, penetrando en el fondo de las cosas, se ve que si la selección natural con sus auxiliares (fuerza hereditaria, concurrencia vital, fuerza de adaptación, selección sexual, etc.) puede producir variaciones, cualidades y perfecciones más ó menos importantes en individuos de una especie, jamás se podrá demostrar que, cuando comienza á existir una especie nueva, no obre á la vez el tipo específico como elemento interno y esencial; jamás se demostrará que la selección es *suficiente* por sí sola para producir una especie nueva, y que no interviene otro elemento interno, como principio específico, aunque-latente.

Los fundamentos en que se apoya la teoría de Darwin degeneran con frecuencia y se resuelven en inducciones incompletas, en analogías insuficientes, en generalizaciones precipitadas é ilegítimas. Según la embriogenia, dice el darwinismo, la forma del hom-

bre se identifica con la del perro durante cierto período de la vida embrionaria, lo cual prueba la identidad radical de las dos especies y la posibilidad de su transformación. Y, sin embargo, la buena lógica nos lleva más bien á la conclusión contraria; porque si no obstante la identidad de la forma y de las condiciones externas, del embrión A procede un perro y del embrión B sale un hombre, será preciso atribuir esta diversidad de resultado y de generación á alguna virtualidad *sui generis*, á alguna energía interna y latente en cada uno de los dos embriones.

La paleontología tampoco viene en apoyo de las conclusiones de la teoría de Darwin, sino que, por el contrario, pone de manifiesto con bastante frecuencia lo precipitado y lo insuficiente de sus generalizaciones é inducciones; pues es bien sabido que los restos y vestigios zoológicos que ofrecen las capas terrestres no responden á las exigencias de la transformación de las especies, verificada en la forma que pide la teoría de Darwin.

Si bien se reflexiona, pudiera decirse que el origen, á la vez que el vicio radical de la teoría de Darwin, consiste en identificar el orden cosmológico, ó, digamos mejor, el orden ontológico de los seres con su orden genético; consiste en considerar la relación ontológica de las especies animales como relación y condición genética de las mismas. Todos los filósofos antiguos, desde Platón hasta Santo Tomás, habían reconocido y afirmado que existe como cierto parentesco ideal entre los seres; que estos forman una escala ontológica gradual, á contar desde la materia informe hasta las inteligencias más sublimes; que esta afini-

dad ideal y esta gradación ontológica se revelan principalmente en el mundo de los vegetales y animales; Santo Tomás hasta reconoce que esta escala de los seres representa gradaciones pequeñísimas y como infinitesimales, según el apotegma con que expresa esta gradación insensible: *supremum infimi attingit infimum supremi*. Todo esto enseñaba la filosofía cristiana, sin que le ocurriera por eso decir que el orden ontológico de las cosas es resultado y efecto de la generación de las mismas. Darwin, por el contrario, supone que la escala ontológica coincide y se identifica con la escala genealógica, y convierte las relaciones lógicas y la afinidad ideal en relaciones de generación y en afinidad genética ó evolutiva.

En la parte que se refiere concretamente al hombre, la teoría de Darwin, lo mismo que el materialismo, tropezarán siempre con la dificultad insuperable de llenar el abismo que existe entre la célula primitiva y la especie humana; porque, como reconoce el mismo Bois-Reymond, no hay puente alguno que pueda dar paso desde esa masa material é informe al dominio de la inteligencia. Con razón ha dicho Max Müller que la teoría de Darwin está sujeta á muy graves objeciones en su principio y en su fin; es decir, por parte del germen ó protoplasma, del organismo primitivo que supone ó afirma gratuitamente como principio y base de toda la teoría, y por parte de la aplicación de la selección natural al origen del hombre. El mismo Darwin parece haber presentado la gran dificultad de explicar ciertas propiedades y caracteres del hombre por la selección natural; así es que, después de emplear muchas páginas en explicar la transformación simio-

humana por parte del cuerpo, de los movimientos, del organismo, de ciertos fenómenos sensitivos, intelectuales y sociales, pasa rápidamente sobre la personalidad, la conciencia, el lenguaje y la facultad de abstracción.

En resumen: hoy por hoy, y en el estado actual de la ciencia, la doctrina de Darwin tiene más de concepción *a priori* que de teoría experimental; es una hipótesis que tiene mucho de gratuita y poco de verdaderamente inductiva. «En los animales y en el hombre, dice el naturalista inglés, vemos que se producen, por causas conocidas ó desconocidas, naturales ó artificiales, ciertas modificaciones ó mejoras que se transmiten por la generación á otros individuos: luego todos los géneros y especies del reino animal, incluso el hombre, se han formado por este medio.» No hay para qué decir que esta es una consecuencia ilegítima, una conclusión *per saltum*, que ninguna lógica autoriza. Lo que de aquellas premisas se desprende, según las leyes de la lógica, tanto inductiva como deductiva, es que las especies animales y el hombre son susceptibles de modificaciones más ó menos importantes, que constituyan variedades y razas diferentes dentro de ciertos límites, ó sea dentro del tipo específico. Para que esa conclusión *per saltum* tuviera alguna legitimidad, sería necesario probar con hechos incontestables que la especie A se había transformado en la especie B, real y esencialmente distinta de la especie A, y esto señalando en concreto toda la serie de transformaciones *a, b, c, d*, etc., por medio de las cuales se había verificado el fenómeno.

Lejos de hacerlo así, Darwin y sus discípulos, co-

locándose *a priori* en esa premisa y en esa conclusión ilegítima ó precipitada, ofrecen como comprobantes los hechos y fenómenos que parecen militar á primera vista en su favor, haciendo caso omiso ó negando los que militan en contra. ¿Dónde están, por ejemplo, esas variedades intermedias, esos tipos de transición de una especie á otra, y con especialidad del mono al hombre, que, por confesión del mismo Darwin, debieron existir en *número enorme* en los siglos anteriores, y que, sin embargo, no aparecen en ninguna parte de una manera clara, ni menos completa?

Á pesar de los alardes y promesas del darwinismo de atenerse escrupulosamente á la inducción y al método experimental, es lo cierto que su carácter apriorístico é hipotético se descubre por todas partes; comenzando por la existencia de ese prototipo ó protoplasma primitivo de que nos habla Darwin, prototipo cuya existencia *supone*, pero que no se cuida de explicar ni mucho menos demostrar. De aquí es que toda la teoría darwiniana aparece ya viciada en su mismo origen y reducida á una hipótesis gratuita, toda vez que se funda en ese germen primordial de todo lo que vive en la naturaleza, especie de *misterio inexplicado é inexplicable*, como dice Quatrefages. Y bueno será notar de paso que, en este concepto, Lamarck es superior á Darwin, pues mientras éste se coloca de golpe y arbitrariamente en su prototipo, sin relacionarlo con ninguna causa superior ó distinta de la naturaleza, el naturalista francés, al hablar del *protorganismo* y de las leyes naturales que presiden á su desarrollo, considera estas leyes como *la expresión de la voluntad suprema que las estableció*, cuidando á la vez de consignar la distinción

real que existe entre la naturaleza y su supremo autor.

Excusado parece advertir que el darwinismo entraña doctrinas y tendencias esencialmente anticristianas; pero bueno será tener presente que la incompatibilidad dogmática del darwinismo con la revelación, se refiere, según hemos dicho en la *Filosofía elemental*, al darwinismo explicado y desarrollado en el sentido materialista y ateo de los Vogt, Büchner, Häckel, Clemenca Royer, etc., y se refiere principalmente al darwinismo en sus aplicaciones al origen del hombre.

Porque si se prescinde de estos desarrollos y aplicaciones esencialmente ateo-materialistas; si nos limitamos á la evolución ó transformación de las especies vegetales y animales, que es lo que constituye la idea fundamental y verdaderamente característica del *darwinismo de Darwin*, si es lícito hablar así; si de este darwinismo se excluye además su aplicación al hombre, aplicación que la ciencia no justifica en manera alguna, y si se hacen las oportunas reservas acerca de la creación del mundo y del alma racional, puede caber y cabe dentro de los dogmas católicos.

Y es que, en realidad de verdad, lo que en el darwinismo se opone á los dogmas cristianos no son los hechos y fenómenos verdaderamente observados y ciertos; no es tampoco la hipótesis transformista que entraña, en aquella parte de la misma que se halla conforme con los hechos y con la observación científica. Lo que en el darwinismo se opone al dogma cristiano son las aplicaciones ateo-materialistas del mismo; son las conclusiones aventuradas y realmente anticientíficas que algunos deducen contra las leyes generales de la lógica y las especiales de la inducción, ora sacando

consecuencias que no están contenidas en las premisas, ora presentando como *hechos* adquiridos á la ciencia, las que son meras conjeturas más ó menos arbitrarias.

De todas maneras, conviene no perder de vista que aquí, como en otras muchas cuestiones, la razón y la fe aconsejan de consuno evitar extremos y exageraciones en uno ú otro sentido. No debemos dejarnos seducir por la gárrula palabrería de la ciencia humana, ó que se presenta como tal sin examinar sus títulos; pero tampoco debemos negarle sus legítimos derechos, ni cerrar sus horizontes, so pretexto de interpretaciones bíblicas y de ideas religiosas que distan mucho de ser dogmáticas. *Neque falsae philosophiae loquacitate seducamur*, decía ya San Agustín en el siglo v, *neque falsae religionis superstitione terreamur*. Y Santo Tomás escribía en el siglo xiii: *Cum Scriptura divina multipliciter exponi possit, nulli expositioni aliquis ita praecise inhaereat, ut si certa ratione constiterit, hoc esse falsum, quod aliquis sensum Scripturae esse credebatur, id nihilominus asserere presumat*. El mismo Santo Doctor añade en otra parte que, sin perjuicio de la fe, la Sagrada Escritura puede interpretarse en diversos sentidos, sin menoscabar por eso su autoridad, porque el Espíritu Santo ha fecundado esa palabra divina con un fondo de verdad que se eleva por encima de los pensamientos ó interpretaciones del hombre: *Quia majori veritate eam Spiritus Sanctus fecundavit, quam aliquis homo adinvenire possit*.

§ 57.

MOVIMIENTO DARWINISTA.

«La teoría de la descendencia es el único recurso reservado al hombre, á quien no satisface la creencia en milagros ni la hipótesis de la revelación.» Estas palabras de Oscar Schmidt, uno de los más fervientes partidarios del darwinismo, nos revela una de las causas que más han influido en la marcha ascendente y progresiva, en ese gran movimiento de expansión y propaganda que caracteriza al darwinismo. Los hombres del naturalismo, los hombres de la incredulidad y del racionalismo en todas sus formas, siéntense atraídos hacia un sistema que entraña la negación de la revelación bíblica, que gravita con todo su peso hacia la exclusión de lo sobrenatural y divino, y cuya última evolución lógica es la tesis materialista en toda su crudeza. De aquí también la marcha paralela y unísona de la corriente darwinista y de la corriente materialista, siendo á veces difícil discernir cuál de las dos predomina en los partidarios de estos dos sistemas, cuyos escritos contienen y representan por lo común principios tomados de una y otra escuela.

Como sucede generalmente en casos análogos, en el seno del darwinismo no tardó en manifestarse una doble dirección. Mientras que algunos de sus partidarios, más francos y más sistemáticos que otros, desenvolvían la teoría de Darwin y la llevaban á sus últimas y verdaderas deducciones y aplicaciones lógi-

cas, esforzábanse otros en atenuar estas aplicaciones extremas, manteniendo á la vez ciertas reservas del fundador.

Häckel es el representante más caracterizado de la primera dirección ó sea del radicalismo darwinista, al cual pertenecen también Burmeister, Jäger, Mad. Royer, Cotta y algunos otros que pertenecen á la escuela del citado Häckel, según veremos al hablar de la doctrina de éste.

Los partidarios y representantes de la segunda dirección, ó digamos del darwinismo moderado, pueden dividirse en dos clases. Hay algunos que, haciendo caso omiso ó sin pronunciarse abiertamente sobre el conjunto de la teoría de Darwin, hacen aplicaciones más ó menos completas de alguna de sus hipótesis, y con especialidad de las ideas de selección natural y de evolución á determinadas ciencias. Pertenecen á esta clase *Buckle*, por razón de su *Historia de la civilización de Inglaterra*, en la que aparecen amalgamadas las ideas de Comte y de Darwin; *Draper*, en su *Historia del desarrollo intelectual de la Europa*, producción calcada en gran parte sobre la idea transformista; *Bagheot*, autor de las *Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección natural y de la herencia*, obra informada por el principio darwinista, según indica su mismo título.

En las ciencias antropológicas y filológicas aparece también la idea darwinista, siendo aplicada con algunas restricciones y con mayor ó menor fidelidad por Lyell, Lubbock, Tylor y algunos otros, por lo que respecta á la antropología, así como en filología adoptan y aplican algunas ideas darwinistas Scheicher, Curtius,

Steinthal y también Geiger, para quien la humanidad es un género que salió del mundo animal á consecuencia del nacimiento y desarrollo de su esencia particular.

Constituyen la segunda clase de darwinistas, que pudiéramos llamar parciales y eclécticos, aquellos que aceptan la teoría de Darwin en su terreno propio, ó sea en el terreno zoológico, pero introduciendo en la misma modificaciones más ó menos importantes. Tal sucede con Wagner, Nägeli, Wigand, Kölliker, y principalmente con Strauss, cuyo libro *La antigua y la nueva fe* presenta una especie de ensayo de conciliación entre el darwinismo y el principio panteísta. Á esta clase pueden reducirse también Wallace, Mivart, Braun, Baer y otros, que pretenden conciliar el darwinismo con sus ideas positivo-religiosas.

Por el contrario, Vischner, Zähler y algunos otros, sin pertenecer en rigor al darwinismo radical, pretenden aplicar las ideas de Darwin á la religión y á los estudios teológico-religiosos.

Según se ve por las indicaciones expuestas, el darwinismo, auxiliado y favorecido por el positivismo y el materialismo, viene invadiendo la ciencia en todas sus esferas; pero, al invadirla, lo hace pasando por encima del método científico ó experimental que tanto preconiza, sin perjuicio de faltar á él con frecuencia en la práctica.

En esta parte puede decirse que el darwinismo y el materialismo se imitan ó plagian recíprocamente. Porque la verdad es que si el primero, según arriba se dijo, acude con frecuencia á generalizaciones precipitadas y á hipótesis gratuitas, lo mismo acontece al se-

gundo, ora cuando procede como doctrina independiente, ora cuando procede y se presenta como derivación de la idea darwinista.

El materialismo, como el darwinismo, se apoya generalmente en generalizaciones ilógicas y prematuras, en inducciones incompletas y precipitadas. El telescopio, nos dice por boca de Büchner, no encuentra término á la extensión, y descubre cada día nuevos espacios; luego el mundo es infinito en su extensión ó magnitud; conclusión evidentemente ilegítima, puesto que ni lo indefinido y lo infinito son una misma cosa, ni el telescopio puede servir de medida para un espacio infinito.

Si del terreno mecánico pasamos al psicológico, observaremos en el materialismo análogos defectos de lógica. El pensamiento, dice, no es más que un movimiento determinado de la masa cerebral; porque la experiencia demuestra que el movimiento se puede transformar en calor, y viceversa, sin reparar que la distancia que separa al pensamiento de cualquiera fuerza mecánica, no tiene comparación alguna con la que separa al movimiento del calor ni de otras fuerzas físicas y químicas. Así es que Strauss, á pesar de sus ideas esencialmente darwinistas, Bois-Reymond y algunos otros darwinistas y materialistas de los más serios, reconocen paladinamente la falta de lógica en que se incurre cuando se pretenden explicar ciertos fenómenos psicológicos por medio de la transformación del movimiento, ó cuando, por medio de un sofisma vulgar, se convierte en correlación de causalidad la correlación de concomitancia, identificando con los actos intelectuales las modificaciones materiales del cerebro que los

preceden ó acompañan. ¿De qué manera, pregunta el primero, puede salir la vida de una cosa extraña á la vida? La razón y la conciencia personal y libre, ¿cómo pueden nacer de lo que no tiene razón? El movimiento, añade el segundo, no puede producir más que el movimiento, ó volver al estado de energía potencial. Los fenómenos intelectuales que se realizan en el cerebro al lado de determinados cambios materiales del mismo, carecen para nosotros de razón suficiente, y nos será siempre imposible explicar su origen y su ser por medio de la causalidad mecánica (1), aun dado el conocimiento perfecto de los átomos que componen el cerebro.

§ 58.

HÄCKEL.

Al hablar de la Filosofía y de los filósofos de Alemania durante el siglo actual, omitimos los nombres y las ideas de los partidarios del materialismo, porque debíamos hacer mención de ellos al hablar del mate-

(1) «Le mouvement ne peut produire que le mouvement ou rentrer à l'état d'énergie potentielle. L'énergie potentielle à son tour ne peut rien, hormis produire du mouvement, maintenir l'équilibre, exercer pression ou traction.... Ainsi donc les phénomènes intellectuels, qui se déroulent dans le cerveau à côté et en dehors des changements matériels qui s'y opèrent, manquent, pour notre entendement, de raison suffisante. Ces phénomènes restent en dehors de la loi de causalité... Il est et sera toujours impossible d'expliquer les phénomènes intellectuels d'un ordre supérieur à l'aide de la mécanique des atomes cérébraux supposée connue.» *Les bornes de la philosophie naturelle*, trad. y pub. en la *Revue scientifique*.